

estáis todas convencidas; así lo prueban esas mismas ansiedades y congojas que os suelen atormentar en la duda de haberles dado entrada en vuestro corazón. Los escribas y fariseos, mal avenidos con las severas máximas del Evangelio, afirmaban equivocadamente que para ser justo y alcanzar la vida eterna, bastaba abstenerse de los actos exteriores culpables, pero que ningún caso debía hacerse de los malos pensamientos y deseos ocultos en el corazón. Ellos, que tanto alardeaban de religiosos y observantes de la Ley, predicaban esta doctrina tan peregrina y tan contraria al espíritu y aun á la letra de esa misma Ley, con la cual pretendían siempre defenderse. Pues qué, ¿no leían en el capítulo primero del libro de la Sabiduría, que los *pensamientos malos* consentidos *apartan al alma de Dios* y la hacen enemiga suya? ¿No habían pasado mil veces los ojos por el Salmo vigésimo tercero de David, en el cual dice el Profeta que para ser digno de habitar en los tabernáculos de la gloria, es necesario ser tan puro é inocente en las obras como en los pensamientos y deseos más ocultos? (1). Más aún: en el mismo decálogo, en los mismos preceptos de la Ley, ¿no se nos prohíbe terminantemente el deseo impuro y el de la hacienda ajena? (2). Además, el mismo Jesucristo, para confundirlos y avergonzarlos delante del pueblo, á quien habían alucinado, enseñó claramente que en la presencia de Dios es reo de pecado mortal, no sólo el que quita la vida á su prójimo, sino también el que le tiene odio ó rencor grave; que un deseo impuro, una sola mirada dirigida con fin depravado, bastan á producir en el alma herida de muerte (3). Es, pues, una verdad de fe que los pensamientos y deseos de cosas ilícitas

(1) Psal. XXIII, 4; Matth., V, 8.
 (2) Exod., XX, 17; Rom., VII, 7;
 Rom., XIII, 9.

(3) Matth., V, 22.

en materia grave, plenamente consentidos, son pecados graves.

Castigos. Esta doctrina la vemos sancionada en las Sagradas Escrituras con la elocuencia abrumadora de los castigos más inauditos. Sólo dos quiero recordaros. Decidme: ¿por qué fué arrojado Lucifer del paraíso y sepultado con muchos millares de ángeles en los profundos abismos del infierno? Por haber consentido un solo pensamiento de soberbia. Nada hizo, nada obró; bastóle abrigar en su corazón un perverso designio, para ser arrojado al abismo con todos sus secuaces. Oigámoslo de los labios de Isaías: *¿Cómo has caído del cielo, ¡oh Lucifer!, tú que decías en tu corazón—reparad bien, en tu corazón, con sólo el pensamiento—pondré mi trono sobre las nubes y más allá de las estrellas, y seré semejante al Altísimo?* (1). Y ¿por qué todos los habitantes de la tierra—excepto Noé y su familia—fueron sumergidos en las aguas del diluvio? (2). Porque, como dice la divina Escritura, «habiendo visto Dios que los *pensamientos* de los hombres eran «inclinados al mal, resolvió destruirlos con aquel castigo «inaudito» (3). ¡Ay de mí! Un solo pensamiento malo consentido, bastó para convertir en demonios á muchos millares de espíritus celestiales y derribarlos en el infierno... La perversidad de los pensamientos humanos provocó á la justicia divina á sumergir el mundo en un diluvio de agua... «¿Qué podremos esperar nosotros, exclama San Gregorio, hallándonos siempre invadidos por tanta muchedumbre de pensamientos como se levantan en nuestra fantasía y como mar «alborotado nos ponen en inminente peligro de naufragar y «perder la divina gracia?» (4).

Desgraciadamente la materia de que tratamos arranca

(1) Isai., XIV, 12-13; Luc., X, 18.
 (2) Exod., VII, 1; Luc., XVII, 27;
 Hebræ., XI, 7; II. Petr., II, 5.

(3) Génes., VI, 5.
 (4) Lib. XII, Moral., cap. 4.

del corazón de los buenos éstas ó parecidas exclamaciones de amargura, y da ocasión á escrúpulos, congojas y ansiedades que constituyen un verdadero tormento para muchas almas temerosas de Dios, las cuales, para tranquilizar su angustiado espíritu, suelen repetir confesiones y consultas á unos y á otros, buscando paz y consuelo que no hallan ni hallarán nunca sino en Dios, porque es el único que libra de todas las tribulaciones y angustias (1). Estas almas no deben olvidar que, como dice el Espíritu Santo, *si desean servir á Dios, como Él quiere ser servido, han de vivir apercebidas para luchar con todo linaje de tentaciones* (2), y que *es necesario que pasen por estas pruebas, por lo mismo que son aceptas á los ojos de Dios* (3); y en el momento de la tentación, *pónganse en sus divinas manos*, como aconseja el real Profeta (4), humildemente resignadas en su santísima voluntad, y no quieran frustrar sus designios, henchidos siempre de misericordia (5). Viva el alma casta muy sobre aviso (6) para no caer en los lazos del demonio (7), pero no se admire de los feos pensamientos que la ocurran ni de las vivas sensaciones que contra su voluntad experimente, porque esta es enfermedad común á todos los mortales y un caudaloso manantial de méritos y virtudes para los que de ella saben aprovecharse con el auxilio divino (8). «Consideremos, dice Santa Teresa, »que hay un mundo interior acá dentro; y así como no podemos detener el movimiento de los cielos, tampoco podemos detener el pensamiento, y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos ni se nos dé nada; tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios» (9). El demonio

(1) Nah., I, 7; Psal. XLIX, 15; II. Corinth., I, 4.

(2) Eccli., II, 1; II. Timoth., III, 12.

(3) Tobíæ, XII, 13; Hebræ., XII, 6.

(4) Psal. LIV, 23.

(5) Psal. XXIV, 10.

(6) Luc., XXI, 36; I. Corinth., XVI, 13; I. Petr., V, 8.

(7) Psal. LVI, 7.

(8) I. Corinth., X, 13.

(9) Moradas, IV, cap. 1.

puede ejercer influjo sobre nuestra voluntad, pero no dominio. «Mirad, dice San Bernardo, si nuestro enemigo será »débil, que no puede vencer sino á quien quiere ser vencido» (1). Así es, hermanas mías; mas no por ello debemos cruzarnos de brazos, sino vivir apercebidos para no sucumbir en esta lucha tan peligrosa y tan frecuente.

Vigilancia. Dos principales medios nos señala al efecto nuestro divino Salvador: la «vigilancia» y la «oración». *Velad y orad*, nos dice, *para que no entréis en tentación* (2). No dice que vigilemos para no padecer tentaciones—que eso no es posible en esta vida,—sino para no entrar en ellas; y se entra en la tentación por el libre consentimiento de la voluntad; por esto dice Jesucristo que vigilemos para no entrar en ella. Esta vigilancia se refiere á la mortificación de los sentidos del cuerpo, especialmente el de la vista, pues, en frase del profeta Jeremías, *los ojos son las ventanas por donde entra al alma la muerte* (3). Por eso el patriarca Job *hizo pacto con sus ojos de no mirar, ni siquiera pensar en cosa mala* (4), porque mirar y pensar son dos actos inseparables. Refrenemos los sentidos, apartándolos de todas aquellas personas ú objetos que por su naturaleza ó por nuestra fragilidad pueden turbar *la paz de nuestra conciencia que*, en frase del Apóstol, *constituye nuestra mayor gloria* (5). Hay quien todo lo quiere ver y curiosear, y de todo se quiere enterar, y luego anda triste y quejumbroso por la continua lucha que tiene que sostener con los feos pensamientos que le ocurren, y no advierte que estos pensamientos, por punto general, han sido recogidos de antemano y como almacenados en su fantasía por la habitual inmortificación de los sentidos; porque, ¿qué es un mal

(1) Serm. V, in Quadrag.

(2) Matth., XXVI, 41; Marc., XIV, 38.

(3) Jerem., IX, 21; Origen., Serm. 3, in Cant.

(4) Job, XXXI, 1; Job, XXXI, 7; Eccli., IX, 5-7; Matth., V, 28.

(5) II. Corinth., I, 12.

pensamiento sino la viva reproducción de lo que se ha visto ú oído?...

Otros, más mortificados, pero cobardes, al verse solicitados por la tentación, piensan que todo se ha perdido, y se impacientan y entristecen y desconfían y casi desesperan, creyendo que Dios los ha abandonado, y hasta osan murmurar de su Providencia. Éstos desconocen por completo los caminos de Dios y olvidan que, como fué dicho á San Pablo, *basta la gracia divina* para vencer en todos los combates del infierno, y que *el poder de Dios resplandece más en los flacos*, cuanto más violentos son los ataques de la concupiscencia (1). No obstante, conviene tomar en cuenta que con este linaje de tentaciones no hay que admitir tregua ni parlamento, porque el demonio es gran sofista y en estas discusiones sale siempre con ganancia. En consecuencia, apenas asome la tentación ó sugestión, *resistid al diablo*, nos dice el apóstol Santiago, y *huirá de vosotros* (2); volvedle la espalda, y procurad distraeros poniendo la atención en cualquier otra cosa, pensando que Dios os mira (3) y que os ayuda en el combate (4). Y si tan tenaz é importuna es la tentación, descubridla á vuestro director espiritual y seguid ciegamente su consejo. Si á pesar de todas estas precauciones prosigue el enemigo solicitándoos al mal, no temáis, no os desalentéis, porque la insistencia de la tentación prueba—hablando en general—que no ha logrado venceros, pues si hubierais consentido en ella, inmediatamente os habría dejado; si la hubierais abierto la puerta de vuestro corazón, no insistiría llamando. Y si deseáis un medio infalible para triunfar siempre de las asechanzas de este tan poderoso enemigo, corred á

(1) II. Corinth., XII, 9; Philipp., IV, 13.

(2) Psal. XVII, 40; Ephes., IV, 27; Ephes., VI, 13; I. Petr., V, 9; Jacob., IV, 7.

(3) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 29; Hebræ., IV, 13.

(4) Psal. XC, 15.

esconderos *en los agujeros de la piedra* (1), esto es, en las llagas amorosísimas de Cristo vuestro Esposo, abiertas siempre para recibiros y defenderos del infernal enemigo. No es fácil hallar religiosa más rudamente combatida por el demonio en esta materia, que lo fué Santa Catalina de Sena; y para colmo de su aflicción, su Esposo divino, que tan frecuentemente la visitaba y consolaba, parecía haberla abandonado en aquel apretado trance. Apareciósela al fin, y díjole ella: «Señor, ¿dónde estabais Vos cuando mi corazón se sentía tan atormentado de tan abominables impurezas?» Y respondiéndola Jesús: «En tu corazón estaba: si yo me hubiera ausentado de ti, esos pensamientos te habrían causado placer; pero mi presencia te los hacía aborrecibles» (2). No lo dudéis: Jesús va con nosotros en la barca, y aunque mientras dura la borrasca de la tentación parece dormido, no lo está, y por eso la barca no se hunde (3). El segundo medio para triunfar de estas tentaciones y peligros, consiste en acudir á Dios por medio de la

Oración. De ella debéis vivir enamoradas, pues, como dice Santa Teresa, «la oración es el oficio del religioso y el camino real del cielo» (4). ¡Oh!, si tuviéramos más fe en el poder de la oración, ciertamente nunca seríamos vencidos. Somos sumamente frágiles, hermanas mías; *nuestra firmeza*, dice Job, *no es como la de las peñas, ni nuestra carne es de bronce* (5); pero si con la mente nos ponemos en Dios, ya somos fuertes (6), ya somos invencibles (7); estribando en la virtud divina, ya podemos desafiar con el Profeta á todas las potestades del infierno (8). *Cuando el alma se eleva á Dios por la oración, Dios*, dice el Profeta, *la esconde en su taber-*

(1) Cant., II, 14.

(2) Vida, part. I.^a, cap. 11.

(3) Matth., VIII, 24.

(4) Camin. de perfec., caps. 23 y 34.

(5) Job, VI, 12.

(6) Psal. XLI, 7; Jonæ, II, 8.

(7) Rom., VIII, 31.

(8) Psal. XXVI, 3.

náculo (1), esto es, añade Santo Tomás, «Dios se encarga de su defensa». Vosotras sois testigos de los efectos maravillosos, de la virtud divina que atesora este don del cielo para calmar las tempestades del corazón, y alcanzar todas las gracias (2) y poner en vergonzosa fuga á todos nuestros enemigos (3). Bien sabéis vosotras que, después de la Santísima Eucaristía, no hay en el mundo virtud, ni fuerza, ni valor semejante al que infunde en el alma la oración humilde y fervorosa; y el día que por motivo razonable dejáis de hacerla, ¿no es verdad que sentís cierto decaimiento, cierta flojedad de ánimo en los ejercicios de piedad, y sobre todo en la lucha con las tentaciones?... Y porque el demonio sabe hasta dónde alcanza el poder de la oración y lo beneficiosa que es á nuestras almas, nada con tanto ahinco procura como tentarnos precisamente durante ella para que la dejemos, ó á lo menos para que, llenándola de obstáculos y desabrimientos, se nos haga montaña insuperable. Pero no le escuchéis; seguid orando, y dejad lo demás en manos de Dios, que os contempla enternecido; humillaos profundamente en su presencia; insistid, perseverad y venceréis infaliblemente. Humillaos, repito, porque la humildad tiene la virtud maravillosa de herir al tentador en el corazón, como si dijéramos, de aplastarlo y confundirlo.

Mas sobre todos estos remedios, descuella el amor de Dios para vencer cualquiera tentación, porque este fuego divino purifica el cuerpo y enfrena sus sentidos, dirigiendo sus operaciones á Dios, que es el fin de la caridad (4). Buena es la mortificación del cuerpo y sirve de freno al apetito sensual; pero es mejor freno el de la caridad, la cual le vence, le subyuga y sujeta merced al suave y eficaz impulso del

(1) Psal. XXXVI, 5.
(2) Luc., XI, 9-10.

(3) Núm., X, 35; Psal. LXVII, 2.
(4) Coloss., III, 11.

amor. Por eso en el libro de los Cantares compárase el amor á la muerte (1), y como la muerte mata al cuerpo, así el amor divino mata la sensualidad y hace que los apetitos estén sujetos y como atados con su virtud, para que no estorben el servicio de Dios.

Amemos, pues, hermanas mías, á nuestro divino Esposo Jesús; dejémonos encadenar de su amor, que Él se dejará encadenar del nuestro, pues *Él ama á los que le aman* (2). Entonces nada podrá contra nosotros la tentación. Entonces, siendo como seremos enemigos natos de Satanás, ¿de qué le servirán todas sus tentativas para seducirnos, ni qué victoria podrá esperar sobre nosotros? Por el contrario, alentados por la virtud de Dios, y estribando en su gracia, seremos omnipotentes, dice San Pablo (3), venceremos en todos los combates, seguros de que ha de cumplirse en nosotros la promesa inefable que Dios ha hecho al que triunfe en estas luchas. *Al que venciere*, nos dice por San Juan, *le haré sentar conmigo en mi trono* (4), coronado de gloria. Y este triunfo y esta victoria definitiva—como todas las que logramos en esta vida—la alcanzaremos, dice el Apóstol (5), *por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, cuya es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos* (6).

(1) Cant., VIII, 6.
(2) Prov., VIII, 17; Psal. CXLV, 8; Joann., XIV, 21.
(3) Philipp., IV, 13; I. Corinth., XV, 10.

(4) Apocal., III, 21.
(5) I. Corinth., XV, 57.
(6) Rom., XVI, 27; Galat., I, 5; Hebræ., XIII, 21; I. Petr., IV, 11; Apocal., I, 6.